

con el Papa, eran poco poderosos por sí mismos, y en muchas cosas no habian acertado á complacer á sus Soberanos. Los que aspiraban sinceramente á volver á entrar en la unidad católica y en el camino de la salvacion, temian salir de un cisma para caer en otro.

26. Esta segunda disposicion, que parece haber sido constantemente la del Emperador Juan Paleólogo, segundo de este nombre, fue corroborada con las exhortaciones de Jorge de Trebisonda, persona tan distinguida por la eminencia de su doctrina y por lo sublime de sus sentimientos, como por la elevacion de su origen. Le escribió (1) que no se uniese con un concilio que en sus maquinaciones escandalosas contra Eugenio, verdadero sucesor de Pedro, daba á entender bien á las claras que solo aspiraba al cisma, á fin de trasladar el Pontificado á Francia ó á la Alemania; que la turba de sacerdotes y demás eclesiásticos amontonados en Basilea, no debia llamarse concilio, sino conciliábulo de impíos y cueva de ladrones; que por otra parte seria una cosa muy vergonzosa para él, concurrir al lugar señalado sin noticia suya para la celebracion de un concilio ecuménico, pues debia considerar que era sucesor de los Emperadores, los cuales habian tenido siempre, despues del Pontífice romano, la principal parte en la celebracion de los concilios; que despudiese á los emisarios de la cábala para que se volviesen á su supuesto concilio, y que

(1) *Edit. Pontan. post. hist. Pharan.*

sin detenerse un momento pasase á celebrar un legítimo concilio, porque de otro modo no haria mas que aumentar la division de la Iglesia al mismo tiempo que manifestaba tantos deseos de la union.

27. Siguió Paleólogo este consejo, cuya solidéz conoció antes de emprender el viage, habiendo descubierto sus intenciones los diputados del concilio, pues le dijeron, al verle resuelto á embarcarse en las galeras enviadas por Eugenio, que cuando llegase á la corte de este Pontífice, le hallaria precipitado de la Silla apostólica. El Emperador se afirmó mas y mas en esta resolucion, sostenida con la seguridad que se le dió de que el Sumo Pontífice estaba determinado á presidir en persona el nuevo concilio. Se embarcó en las nueve galeras que se le habian enviado bien armadas y tripuladas, con el déspota Demetrio su hermano, el patriarca de Constantinopla, otros veinte prelados, entre obispos y arzobispos, un número casi igual de diputados de segundo orden, elegidos unos y otros en toda la iglesia griega por su mérito sobresaliente, y una comitiva numerosa que llegaba á setecientas personas. Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem habian dado comision formal á algunos de estos prelados para que representasen sus personas en el concilio. Despues de una navegacion larga y bastante penosa, llegaron todos á Venecia el dia 9 de Febrero del año 1438.

Nada se omitió para que fuese magnífica la ent-

trada. El día siguiente al de su llegada, que fue el domingo de septuagésima, fueron el dux y el senado á recibir al Emperador en el Bucentoro, adornado con oro y sedas, y seguido de doce galeras magníficamente equipadas, y de una infinidad de góndolas que cubrían el mar á larga distancia, al mismo tiempo que habia un gentío inmenso en la ribera y en todos los parages por donde habia de pasar la comitiva. Despues que Paleólogo, sentado en su galera en un trono brillante, recibió los homenajes que le rindieron el dux y los senadores vestidos todos de gala, pasó á su bordo, y habiendo puesto al dux á la derecha, y á su hermano Demetrio á la izquierda, entró en la ciudad por el canal grande, en medio de una música de todo género de instrumentos, del repique de todas las campanas y de las aclamaciones de todos los espectadores. Informado el Papa de la llegada del Príncipe, envió al cardenal Albergati para que le cumplimentase, acompañado del marqués de Ferrara, Nicolas de Est, el cual le cedió el mando en su ciudad y en todos sus estados. Le dió gracias el Emperador con grandes muestras de sensibilidad, y por su parte envió dos abades y tres caballeros á Ferrara, para ofrecer sus respetos al Papa. Los abades no hicieron mas que una inclinacion al saludar al Sumo Pontífice, y los legos doblaron la rodilla; pero todos ellos se negaron á postrarse para besarle los pies: costumbre enteramente ignorada de los griegos.

Como el concilio estaba abierto desde el mes de Enero, marchó el Emperador algunos días antes que el patriarca, el cual era sumamente anciano; se desprendió de los honores que le prodigaban en Venecia, y el día 28 de Febrero subió por el Pó hasta Francolin, distante media legua de Ferrara, donde se halló el marqués de Est al tiempo del desembarco para repetirle sus ofertas. Allí montó Paleólogo en un caballo vayo, ricamente enjaezado, y en medio de todos los cardenales y de una gran multitud de otros prelados que habian salido á recibirle fuera de la ciudad, entró en ella el día 4 de Marzo debajo de un palio magnífico que llevaban los hijos y los parientes mas inmediatos del marqués. En esta forma fue conducido hasta el palacio del Papa, el cual habia llegado poco antes de Bolonia. Todos los que le acompañaban se apearon en la primera puerta, quedando él solo á caballo para atravesar los patios hasta la puerta de la sala en que estaba el Pontífice. Se apeó entonces, y habiéndose dado al Papa el aviso de su llegada, dejó el trono, y le salió al encuentro, midiendo tan exactamente los pasos que se encontraron en la mitad de la sala. Le abrazó Eugenio tiernamente, y presentándole la mano se la besó Paleólogo con respeto. Le llevó á su cuarto, y le dió asiento á la izquierda, donde todos los Príncipes y cardenales fueron á rendirle sus obsequios. Despues de un rato de conversacion le envió con la misma pompa al palacio que se le habia preparado, donde se le

trató con toda la grandeza y suntuosidad que correspondia á su augusta persona.

Tres dias despues de la entrada del Emperador llegó el patriarca con algunos obispos y metropolitanos, embarcados en un navío magnifico del marqués de Ferrara. Como no se habian enviado cardenales para que le recibiesen, sino solo algunos obispos, pasó el resto del dia en su navío, hasta que se arreglase todo el ceremonial de su recepcion de un modo conveniente á su celo en conservar la dignidad de su clase, que era la primera de la iglesia oriental. En este intervalo quedó todo dispuesto, y á la mañana siguiente fueron á recibirle, al tiempo de desembarcar, cuatro cardenales, acompañados de veinticinco obispos, de un gran número de dependientes del Papa, y del marqués de Est con sus hijos y el cuerpo de la nobleza; le presentaron los caballos que se habian preparado para él y para las personas de su comitiva, y en medio de dos cardenales se adelantó hasta la puerta de una de las fachadas de palacio, donde echó pie á tierra. Desde allí, atravesando una porcion de salas y de antecámaras, fue conducido al cuarto secreto, donde el Sumo Pontífice, que no habia querido hacer pública esta audiencia, le estaba esperando sentado en un trono muy alto, y á su lado los cardenales en sillas mucho mas bajas. Luego que llegó el patriarca se abrió la puerta, y se le dió orden para entrar, acompañado solamente de seis metropolitanos, los mas distinguidos de la

Grecia. Al ver el Papa que se iba acercando, se levantó y le hizo sentar á la izquierda en una silla semejante á la de los cardenales. Los seis metropolitanos fueron igualmente admitidos al ósculo, y colocados á la izquierda del patriarca, pero de pie, del mismo modo que los otros griegos, los cuales entraron de seis en seis, unos detrás de otros, siendo recibidos segun correspondia á sus cualidades respectivas. Los obispos y los principales empleados de la iglesia de Constantinopla fueron admitidos al ósculo de la mano y de la megilla; los demás eclesiásticos hicieron una reverencia profunda, y los legos besaron de rodillas los pies del Pontífice. Algunos dias despues se trató de asuntos mas sérios.

28. Cuando el Papa Eugenio vió que tenia de su parte á los griegos, que podia contar con las personas mas ilustres de Basiléa, y que los restos de este concilio estaban decididos á no guardar ningun miramiento, se alentó en el seno de la adversidad, y por una bula de 17 de Setiembre trasladó á Ferrara aquella asamblea tumultuosa, bien que con ciertas modificaciones. El concilio no debia celebrarse únicamente en este último lugar hasta despues de la llegada de los griegos, y en todo caso se podia tratar en Basiléa por espacio de treinta dias, contados desde esta bula de traslacion, de la causa de los bohemos, que tenian entonces embajadores en dicha ciudad. Pero semejantes consideraciones no inspiraron ninguna moderacion á una

asamblea sin cabeza y sin orden. Perfectamente acéfala desde la sesión veintiseis, y sin más que un jefe de puro aparato, había renovado contra el Papa y los cardenales su sistema favorito del emplazamiento para comparecer en el término de sesenta días, con una larga enumeración de agravios ó de injurias contra el Papa. Desde esta época hasta que llegaron los griegos á Ferrara, se acumularon en Basilea las sesiones y los ultrajes contra la Cabeza de la Iglesia. Anular el nombramiento de un cardenal, suprimir las bulas de Roma, declarar á Eugenio contumáz y suspenso en lo espiritual y en lo temporal, y advertir á los Príncipes y al clero que no le prestasen ya obediencia, todos estos excesos fueron obra de algunos meses y de cinco sesiones.

29. En la treinta y dos, celebrada á 24 de Marzo de 1438, habiendo ya el Vicario de Jesucristo, que presidía el concilio de Ferrara, fulminado censura contra todos aquellos que se atreviesen á tener asambleas eclesiásticas en Basilea, se arrojaron á usar de las mismas armas contra el concilio unido con la Cabeza de la Iglesia, y á tratarle de conventículo cismático. Sin embargo, había ya en él cerca de ochenta obispos, y dos meses después pasaron de ciento y ochenta, comprendiendo en este número á los orientales, los que unidos con los latinos formaron por fin el concilio general de las dos iglesias el día 9 de Abril del año 1438. Se habían celebrado antes dos sesiones, que no forman

parte de las actas romanas del concilio, porque no se trató en ellas de la diferencia ó discordancia entre las dos iglesias, que era el objeto principal. Por la misma razón no se coloca tampoco esta primera asamblea de los preladados griegos y latinos en el número de las sesiones regulares, las cuales no empezaron propiamente hasta seis meses después; porque atendiendo los griegos á sus intereses temporales no menos que á los espirituales, querían esperar el fin de las desavenencias de Roma con Basilea y la reunión de todo el occidente, para conseguir por este medio mayores socorros.

30. Hízose en el día señalado la apertura del concilio ecuménico, el primero en que el Sumo Pontífice, al frente de los obispos latinos, asistió en persona con el Emperador y los patriarcas de oriente: lo que causó al principio alguna dificultad con respecto al orden de los asientos. Deseaba el Papa que su trono se colocase en medio de la iglesia como en lugar preferente; y el Emperador pretendía ocupar el mismo sitio, á ejemplo de Constantino y de Marciano, que obtuvieron la misma distinción en los concilios de Nicea y de Calcedonia; pero fue fácil arreglar este punto, por haber hecho presente á Paleólogo que el Papa no había asistido en persona á aquellos antiguos concilios.

31. Los asientos se dispusieron por el orden siguiente. En un trono iluminado que estaba delante del altar, y correspondía al medio de él, se colocó el libro del Evangelio entre las cabezas de los

Apóstoles San Pedro y San Pablo. Al lado derecho, llamado comunmente el lado del Evangelio, estaba la Cátedra apostólica, y un poco mas abajo el trono del Emperador latino, aunque ausente: despues de lo cual se seguian las sillas de los cardenales, en número de ocho ó nueve, entre los cuales estaban sentados dos patriarcas latinos, á saber, el de Jerusalem despues del primer cardenal, y el de Aquiléa despues del último; y luego los arzobispos y obispos, segun la antigüedad de su consagracion. Al lado de la epístola estaba en su trono el Emperador de los griegos, en frente del que pusieron al Emperador latino; despues la silla del patriarca de Constantinopla y de los demás patriarcas orientales, á saber, Filoteo de Alejandria, representado por Antonio de Heraclea y por Gregorio, confesor del Emperador; Dositeo de Antioquia, representado por Marco Eugenio de Éfeso y por Isidoro de Kiovia en Rusia; Joaquin de Jerusalem por Dionisio de Sardis y Dositeo de Monembasia; y en seguida los metropolitanos Doroteo de Trebisonda, Metrofanos de Cízico, Besarion de Nicea, Macario de Nicomedia, Doroteo de Mitilene; el de los georgianos con un obispo de aquella nacion, y otros muchos menos considerables. Los pies de la iglesia estaban ocupados por los generales de las órdenes religiosas, abades, doctores y otros muchos eclesiásticos. En la parte superior estaban los notarios y los demás oficiales del concilio. A los pies del trono del Emperador griego, el cual tenia á su

lado á su hermano Demetrio, estaban colocados los embajadores de Trebisonda, del gran duque de Moscovia, del Príncipe de los georgianos, de los déspotas de Servia y Valaquia, y los principales empleados del imperio. Los embajadores de los Príncipes latinos estaban igualmente sentados cerca del trono del Emperador de Occidente.

Arreglado este ceremonial, se reunieron todos en la iglesia de San Jorge, la mayor de Ferrara, y se declaró en ella, de acuerdo con los griegos, que estaba abierto el concilio ecuménico para la union de las dos iglesias. El patriarca de Constantinopla, que pasaba de ochenta años y no podia salir de casa con motivo de una indisposicion, envió su consentimiento por escrito. Nada mas se hizo en aquel dia: y se concedieron cuatro meses de término á los que debian asistir al concilio, cuyas operaciones no debian empezar hasta que pasase este tiempo. Despues se difirió el plazo hasta seis meses, sin que se advirtiese mucho deseo de concurrir á él. El Rey de Francia, los de España, y los Príncipes de Alemania, aunque estaban bien decididos á reconocer siempre á Eugenio IV por verdadero Papa, juzgaron que convenia no enviarle sus obispos, á fin de emplear su mediacion con mejor éxito entre este Pontífice y los padres de Basilea.

32. Entretanto, para no perder tiempo, propuso Eugenio que por lo menos se preparase el camino á la reunion, ilustrando en conferencias pre-

liminaries los principales artículos de controversia que tenían á los orientales separados de la iglesia latina. El cardenal Julian, hombre docto y hábil, que tomó mucho interés en este asunto, y parece quiso borrar las impresiones que habia causado en la corte Pontificia su conducta anterior, redujo los puntos de disputa á la primacía del Papa, á la procesion del Espíritu Santo, al uso de los ácidos y al purgatorio. Despues de ésto hizo grandes instancias á los doctores griegos, para que entrasen en disputa acerca de estos diferentes objetos. Pero ellos se escusaban siempre, diciendo que lo egecutarian cuando el concilio compuesto de los dos partidos en que estaba dividido el occidente, celebrase en paz sus sesiones arregladas. Lo mas que pudo lograrse fue tratar del artículo en que estaban menos discordes las dos iglesias. Los griegos admitian, del mismo modo que los latinos, la fe del purgatorio, ó de un lugar destinado á purificar las almas de los justos que mueren con algunas culpas leves, ó que son deudores á la divina justicia por no haber espiado suficientemente los pecados graves. Confesaban tambien que eran purificadas y libertadas por los sacrificios, oraciones, limosnas y otras buenas obras de los fieles; pero querian que todo su castigo consistiese en las tinieblas, en la tristeza, en la privacion de la vista de Dios, y no en la pena del fuego, la cual decian que ni aun en el infierno se padecia hasta despues de la resurreccion de los cuerpos. Aunque parecia que no era difícil con-

ciliar dos opiniones, en que por una y otra parte estaba asegurada la substancia del dogma, no produjo la disputa este efecto, el cual, no menos que la docilidad sobre los otros puntos, solo pudo resultar de las deliberaciones públicas y de la virtud inherente á la autoridad divina de los concilios.

33. Para hallar algun medio de conciliacion entre el Papa Eugenio y los padres de Basilea, ó á lo menos para obviar las resultas de una desavenencia que enervaba la disciplina en la mayor parte de las iglesias, el clero de Francia, con el Rey Carlos VII y los grandes del reino, celebró en Bourges una asamblea, famosísima aun en nuestros dias, sin embargo de que su principal estatuto quedó sin efecto por el concordato de Francisco I. Allí se formó la pragmática sancion, tan apreciada de los franceses en todos tiempos, que algunos de ellos la han llamado el baluarte de su iglesia. Comprende veintitres artículos, sacados de los decretos de Basilea, con las prudentes modificaciones que exigian los usos del reino y las criticas circunstancias en que se hallaba todo el mundo cristiano. Se reconoció la autoridad de los concilios ecuménicos por superior á la de los Papas; se abolieron las anatas, las reservas, las expectativas, la multiplicidad de las censuras y de las apelaciones á Roma, las sentencias eclesiásticas fuera del reino, y (lo que merece mas atencion) se restablecieron las elecciones canónicas. La mayor parte de estos reglamentos fueron conservados por el concordato, el cual